

por consiguiente, que los campesinos empleen todos los medios para ahuyentar á estos incómodos ladrones. Del apareamiento de un macho salvaje con una yegua doméstica, resulta un bastardo que tiene algo del caballo salvaje y algo del doméstico. La yegua rusa que matamos juntamente con la salvaje, parece haber sido la madre de la yegua bastarda que cogimos viva; aquella era ya vieja y además negra; esta tenía un color pardo de ratón, mezclado de negro. Su cola se parecía algo á la de nuestro caballo; la cabeza voluminosa, la crin corta y rizada, las formas del tronco más prolongadas; el pelaje igual al de aquel, tanto en longitud, cuanto en espesura. A pesar de ser una hembra no podía uno acercársele sin peligro.»

El tarpan es difícil de domar; parece que el animal no puede resistir la cautividad. Ni aun la destreza de los mismos mogoles basta para domar su vivacidad, su vigor y su salvajismo. Tampoco llegan los potros sino á cierto grado de domesticidad, pues subsisten, aun con el mejor tratamiento, salvajes y rehacios. No es posible servirse de ellos como caballos de silla; lo más que se puede hacer es engancharlos á un vehículo con otro caballo, y aun así dan mucho que hacer á este y al cochero.

«Mi amable amigo José Schatilloff, dice Radde, recibió algunos años antes de 1860 un tarpan vivo y le envió á la academia imperial de letras, la cual á su vez le cedió al benemérito académico von Brandt. Se daba al tarpan el alimento que se acostumbra dar al caballo doméstico; se conducía muy bien, mientras no se le exigía más que comer diariamente su heno; pero fué imposible domesticarle, continuando siempre caprichoso, testarudo y malo, y no dejando pasar ocasión alguna de morder y tirar coces, aunque se le tratara con toda suavidad. Las personas competentes le consideraban como un caballo errante; fué regalado después de mucho tiempo á un aficionado á caballos.»

A causa del daño, bastante considerable, que el tarpan hace en las crías caballares libres, llevándose las yeguas, se le persigue activa y apasionadamente. Según han dicho á Radde, se elige con preferencia en las regiones del Nieper la primavera para esta caza, porque la nevisca que en esta temporada cubre muchas veces vastos territorios de la estepa, impide á los caballos salvajes la rapidez en sus movimientos y porque á consecuencia de esto los caballos de caza, con sus herraduras aptas para marchar sobre el hielo, los pueden alcanzar más fácilmente.

En los países del mar de Azof se les caza en los últimos meses del invierno; pero la caza no tiene entonces éxito, sino cuando se pueden colocar en la estepa á ciertas distancias caballos de relevo, para cambiar los que ya están fatigados con la persecución de los incansables tarpanes. Ante todo se trata de alcanzar al caballo padre, porque apenas muere este se dispersan las yeguas, cayendo entonces fácilmente en manos de los cazadores.

Las noticias anteriores no resuelven la cuestión del origen del caballo. Gmelin no se atreve, según parece, á pronunciar una opinión determinada, y el parecer de Radde se opone al de Pallas. El comportamiento del tarpan nada prueba respecto á su ser primitivo; pues los caballos vuelven fácil y rápidamente á su naturaleza salvaje, y esto está probado de un modo convincente por las innumerables manadas que actualmente habitan las estepas de la América del sur. Echemos pues primero una mirada sobre ellas, siguiendo las descripciones de concienzudos viajeros.

#### LOS CIMARRONES

«La ciudad de Buenos Aires, dice Azara, fundada en 1535, fué abandonada más tarde. Los habitantes cuando salieron,

no se tomaron la pena de recoger todos sus caballos, y de este modo quedaron cinco ó siete de estos. Cuando en 1580 dicha ciudad fué poblada otra vez, se encontró ya una multitud de caballos errantes, descendientes de los pocos que habían quedado. Ya en 1596 se permitió á todo el mundo coger á estos caballos para su uso. Este es el origen de las innumerables manadas que habitan el mediodía del Río de la Plata.»

Los cimarrones habitan todas las pampas, en grandes manadas cuyo número puede llegar á 12,000.

Cada uno de los caballos padres reúne todas las yeguas que le es posible, si bien permanece con ellas en el rebaño común que no tiene jefe especial. Estos animales son tan grandes y fuertes como los caballos domésticos, pero no tan hermosos; la cabeza y las piernas son más gruesas, el cuello y las orejas más largos. Dichos caballos tienen todos el color pardo ó negro; los píos faltan completamente y aun los negros son tan raros, que el pardo debe considerarse como su color natural. Los cimarrones son perjudiciales porque no solamente devastan los pastos, sino que también se llevan los caballos domésticos. Si ven á estos últimos corren hácia ellos, saludándolos con sus relinchos, los acarician y sin resistencia los unen á la manada, poniendo así muchas veces en un conflicto á los viajeros, por cuya razón estos llevan siempre alguna persona para ahuyentarlos. No se presentan en línea de batalla, sino que, á semejanza de los indios, marchan unos detrás de otros y siempre en fila continuada. A veces forman un gran círculo al rededor del hombre y de sus caballos y no es fácil atemorizarlos; otras veces pasan á su lado sin volverse. En otras ocasiones corren ciegamente por en medio de los carros, pero afortunadamente no se presentan de noche, bien sea porque no ven, ó porque no olfatean á los caballos domésticos.

Es extraño que busquen los caminos para depositar sus excrementos, pues no es difícil ver aquellos cubiertos de estos excrementos, muchas veces en una extensión de varios kilómetros; y como quiera que estos animales acostumbran olfatear el excremento de sus semejantes, y depositar allí el suyo, resulta que á veces forman verdaderos montecillos.

Los indios de las pampas comen la carne de los cimarrones, en especial la de las yeguas y potros; se coge también alguno que otro para domesticarlo; los españoles empero no los utilizan. Solo donde encuentran leña, matan alguna vez yeguas bien gordas para aumentar con la grasa el fuego del campamento; pocas veces se coge á uno de estos animales para domarle. Para esto se le ata á una estaca, se le deja tres días sin comer ni beber y se le monta. Es necesario castrarle, porque los castrados son los que realmente se doman. Para coger á un cimarrón, acércanse los cazadores montados á un rebaño y echan sus lazos al animal, hasta que se le enredan en las piernas y cae. Entonces, después de bien agarrotado, se le lleva á casa atado con una fuerte cuerda de 20 metros de largo. Los propietarios dan caza á estos caballos siempre que pueden, pues de lo contrario no estarían seguros de los suyos.

Tschudi, que ha viajado por las pampas á principios del séptimo decenio de nuestro siglo, da una descripción que difiere bastante de las noticias anteriores. «En vano, dice, se busca, al menos en esta parte de las pampas, un carácter uniforme en los caballos; no se encuentra otra cosa que una mezcla de formas, de tamaños y de colores. Con mucha frecuencia ví caballos píos. Muchas veces tuve ocasión de ver muchos centenares de caballos juntos, pero confieso que siempre he buscado en vano el tipo de los caballos de las pampas, mencionado por varios viajeros. La cabeza, el cuello y la cruz no me han dado ningún punto en que fijarme, para encontrar un carácter común á estos animales. No quiero

negar que quizás se encuentre tal tipo más al sur de Buenos Aires; pero no sucede así en las partes del país visitadas por mí.»

#### LOS MUSTANGS

No se ven en el Paraguay caballos errantes y según Rengger, parece que una mosca es principalmente la causa de ello. Este insecto deposita sus huevos en el ombligo del potro, produciendo así úlceras mortales. También hay en las pampas mas abundancia de alimento que en el Paraguay. No obstante, los caballos de este último punto disfrutaron de una existencia casi salvaje.

Los mustangs se hallan tan abandonados, que degeneran completamente. Su talla es regular; la cabeza voluminosa; las orejas largas; gruesas las articulaciones, y solo el cuello y el tronco son de formas bastante regulares. El pelaje es largo en invierno y corto en verano; el pelo de la crin y el de la cola es siempre escaso y corto. Solamente en algunas partes se ven individuos que recuerdan á sus nobles antecesores.

No ceden en agilidad y ligereza á los caballos andaluces y son muy superiores á ellos por su resistencia para el trabajo. Rengger afirma haber recorrido ocho y hasta diez y seis leguas con uno de estos caballos, en días de mucho calor, sin que el animal se resintiese.

Los caballos de la América pasan todo el año al aire libre. Se les reúne cada ocho días; se les examinan sus heridas; se les limpia y frota con estiércol de vaca y á los caballos padres se les corta la cola y la crin cada tres años. Nadie piensa en mejorar la raza.

Los alimentos son malos; solamente hay una especie de yerba, que en primavera crece mucho, y que ocasiona en esta estación á los caballos una diarrea que los debilita. En el verano y en el otoño se restablecen y aun engordan, pero enflaquecen apenas se les hace trabajar. La peor de las estaciones para ellos es el invierno; las yerbas están secas y los pobres animales deben contentarse con los rastros á los que la lluvia ha despojado de todas sus cualidades alcalinas. Este alimento despierta en estos animales la necesidad de comer sal y entonces se les ve pasar largo tiempo cerca de las salinas, lamiendo la tierra que contiene dicha sustancia.

Cuando se les da de comer en el establo no la necesitan más. Si se les cuida y alimenta bien, adquieren en pocos meses bastantes carnes, corto y brillante pelaje y noble aspecto.

«Por lo regular, dice Rengger, habitan en un cantón determinado, al que se acostumbran desde su juventud. A cada caballo padre se le dan de diez á diez y ocho yeguas, las cuales conserva á su lado, defendiéndolas de los otros caballos padres; pero si se le ponen demasiadas, ya no las cuida. Los potros permanecen con la madre hasta la edad de tres ó cuatro años, y mientras que esta los ama, manifiéstales el mayor cariño, defendiéndolos aunque sea contra el jaguar. Muchas veces tiene que luchar con las mulas, en las cuales se declara de vez en cuando una especie de amor maternal. Estas últimas tratan entonces de llevarse un potro, ya por astucia ó por fuerza; le presentan sus mamas vacías, y no tarda en morir el pobre animal.

»Cuando los individuos tienen dos ó tres años, se elige entre ellos uno para caballo padre, se le dan yeguas jóvenes, y se le acostumbra á pacer con ellas en cierto cantón: se castran los otros individuos y se reúnen. Todos los caballos que pertenecen á una piara no se mezclan con otra; viven tan unidos, que es difícil separar á un caballo de sus compañeros. Cuando se reúnen las diversas manadas de un propietario que quiere tener juntos todos sus animales, los individuos que formaban

cada una de aquellas se vuelven á encontrar muy pronto. El caballo padre llama á sus yeguas con relinchos; los capones se buscan mutuamente; y cada piara vuelve luego á su cantón. Mil caballos no emplean un cuarto de hora para dividirse en pequeños grupos [de diez á treinta individuos. Creo haber observado que los caballos de la misma talla ó del mismo color se acostumbran más los unos á los otros que los de tamaño y pelaje distinto; y me parece también que los caballos procedentes de las provincias de la Banda oriental ó de Entre-Ríos, se reúnen con más frecuencia, sin mezclarse con los indígenas. Estos animales manifiestan el mismo afecto á sus semejantes que á sus pastos: yo sé de alguno que caminó ochenta leguas para volver á su acostumbrado cantón. No es menos curioso ver á los caballos de todo un país abandonar algunas veces uno después de otro ó por manadas: esto ocurre en particular cuando sucede la lluvia brusca que á la sequía, y será tal vez porque se asustan del granizo que suele caer en la primera tormenta.

»Estos cuadrúpedos medio salvajes parecen tener los sentidos más desarrollados que los caballos europeos. Su oído es muy fino: los movimientos de sus orejas por la noche indican que oyen el más leve rumor, que pasa desapercibido para el jinete. La vista es bastante débil como la de todos los caballos; pero cuando viven libres se acostumbran á reconocer los objetos desde lejos. Su olfato les permite distinguir cuanto les rodea, y huelen todo lo que les parece extraño; por este sentido reconocen á su jinete, su arnés, el lugar donde se les ensilla, etc.; con el olfato saben buscar los sitios secos en los pantanos, y encuentran por la noche su camino en medio de la niebla. Los buenos caballos olfatean á su amo en el momento de colocarse en la silla; y yo he visto uno que no quería conducir á su dueño si no se ponía un poncho ó una capa, como aquellos que le domaron. Cuando les asusta alguna cosa se les tranquiliza obligándoles á olerla. A decir verdad, su olfato no alcanza largo trecho; rara vez he visto á un caballo reconocer la presencia del jaguar á cincuenta pasos, ni aun á menos, y por eso suelen ser estos animales presa del carnícero en el Paraguay.

»En los años de sequía, cuando se agotan las corrientes donde tienen costumbre de beber, se mueren de sed antes que ir á buscar otras; los animales de cuernos, por el contrario, recorren á menudo cinco y seis leguas para encontrar agua. El gusto de los caballos es variable: los hay que se acostumbran perfectamente al forraje y régimen de la cuadra; que comen granos y hasta la carne secada al sol; otros se dejan morir de hambre antes que tocar á otro alimento que no sea la yerba ordinaria. A su género de vida al aire libre y á las picaduras de los tábanos y de los mosquitos, se debe que sea su tacto muy obtuso.

»El caballo del Paraguay es por lo regular dócil, pero á menudo se le marea si le maltratan para domarle. Llegado á la edad de cuatro ó cinco años, le atan á un poste, y á pesar de su resistencia, se le ensilla y enjaeza; hecho esto le desatan, y en el mismo instante se lanza sobre él un domador, provisto de largas espuelas aceradas y un grueso látigo. Descargando sobre el animal una lluvia de golpes, le hace correr los campos, hasta que el pobre cuadrúpedo, sin fuerzas ya y sin resistencia, se ve obligado á obedecer. Estos ejercicios se repiten de vez en cuando, y el animal pasa por estar domado cuando ya no se encabrita. No es de extrañar que con semejante tratamiento se vuelvan los caballos malos y rehacios, que den saltos, se encabriten y desvien, procurando por todos los medios desmontar al jinete. Cuando se trata bien á los caballos, llegan por el contrario á ser obedientes; se dejan coger con facilidad y se someten voluntariamente á los trabajos más penosos. Los individuos débiles ó enfermos, ó los

que tienen alguna herida hecha por los jaguares, no se pueden utilizar; los primeros no satisfacen las necesidades de los americanos, y los segundos se espantan de cuantos animales ven.

»La memoria del caballo es sorprendente: algunos que no habían hecho mas que una vez el viaje desde Villa Real á las Misiones, volvieron algunos meses despues por el mismo camino, que tenia mas de cincuenta millas.

»Durante la estacion de las lluvias, cuando todos los rios van crecidos y se hallan los caminos inundados, un buen caballo que haya pasado por ciertos lugares, conducirá á su jinete, no solo de dia, sino tambien de noche, por entre todos aquellos pasos peligrosos. Si no se le hostiga, avanza siempre con prudencia, tanto mayor, cuanto menos conocido es el sitio. En los pantanos tanea el terreno á cada paso con sus piés delanteros; y no se crea que esta prudencia indica falta de valor, pues el caballo del Paraguay es atrevido. Si le con-

duce un buen jinete, arrostra el peligro sin temor; corre contra el toro furioso ó el jaguar; se lanza al rio desde lo alto de una escarpada orilla, ó atraviesa con rápida carrera la línea de fuego de una estepa abrasada.

»Estos animales padecen pocas enfermedades: cuando se les alimenta bien y no se les esfuerza, viven tanto tiempo como los caballos de Europa; pero como les falta lo primero y suelen maltratarlos, puede considerarse como viejo el individuo de doce años.

»Los paraguayos no utilizan el caballo lo mismo que los europeos: lo conservan como animal de reproduccion y solo emplean para el trabajo á los capones viejos. No obstante, en ninguna parte se encuentran mas jinetes que en aquel país; el caballo sirve para desperezar á su amo, el cual hace montado mil cosas que podría ejecutar mas pronto á pié. En el Paraguay acostumbra á decir el pueblo: «¿Qué sería el hombre sin caballo?»

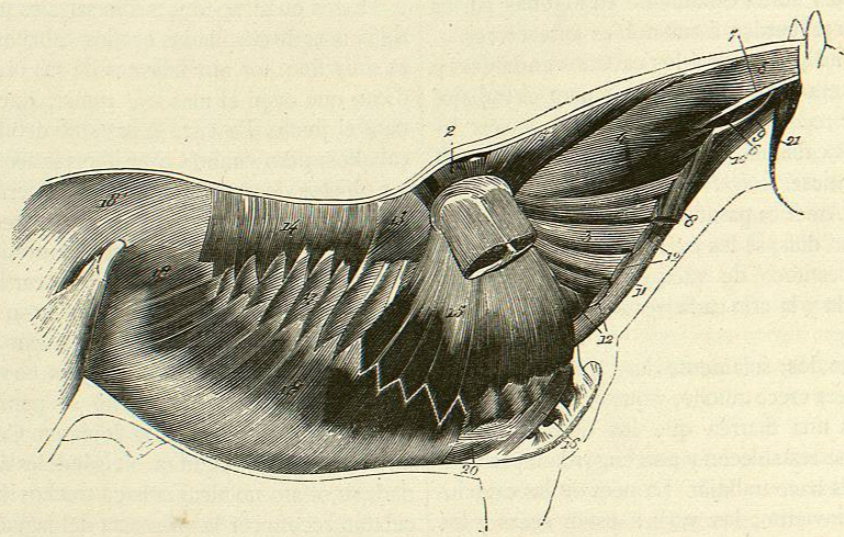


Fig. 159.—MÚSCULOS DE LA REGION ESPINAL, DEL CUELLO, DEL LOMO Y DE LOS IJARES (CAPA MEDIA); DE LA REGION COSTAL Y DE LA ABDOMINAL (CAPA SUPERFICIAL) (1)

Existe mayor número de caballos salvajes en los llanos mas hácia el norte que en las pampas de Buenos-Aires. Alejandro de Humboldt describió admirablemente la vida de ellos en sus «Cuadros de la naturaleza». «Cuando la verde alfombra que cubre la tierra, dice, se reduce á polvo, abrasada por los rayos de un sol que no vela ninguna nube, el suelo reseco se agrieta cual si le hubiera conmovido algun terremoto.

»Envueltos en una nube de polvo, atormentados por el hambre y por la sed, vagan los caballos y los bueyes errantes por todos lados: aquellos con el cuello tendido contra el viento, aspirando con el fin de reconocer por la humedad del aire, la existencia de alguna charca y así poder satisfacer su sed devoradora; estos lanzan sordos mugidos.

»El mulo, mas astuto y prudente, busca el *melocactus*, planta de forma globulosa que contiene una carne ó pulpa muy acuosa bajo su erizada cubierta. Luego que el mulo aparta con los piés las espinas, aproxima los labios y bebe la sustancia refrescante, aunque no pocas veces se ven mulos heridos en el hocico por las espinas de la planta.

»El reposo para los caballos y bueyes no llega ni aun con la frescura de la noche. Durante su sueño los vampiros les persiguen, cogiéndose á su lomo para chuparles la sangre.

»Si cesa la sequía, todo cambia de aspecto. Tan luego como el suelo se humedece, toda la estepa se cubre de un verde magnífico. Entonces estos animales disfrutan de su

existencia paciendo aquella rica yerba, pero el abigarrado jaguar se esconde en esta, y coge muchos potros y caballos.

»Pronto los rios se desbordan y la naturaleza obliga á vivir como anfibios á los mismos animales que no ha mucho se morian de sed. Las yeguas retiranse con sus potros á los elevados bancos que, como islas, sobresalen de la superficie de las aguas. Colocados en este pequeño recinto, fátales el pasto, y para conseguirlo, nadan los pobres animales horas enteras, y se alimentan con los floridos paniculos de las gramíneas que se elevan sobre las aguas. Muchos potros se ahogan, otros son presa de los crocodilos, que les rompen los huesos con su cola para devorarlos, y muchas veces se ven caballos que todavia llevan en el cuerpo la señal de sus agudos dientes.

»Entre los peces tienen tambien peligrosos enemigos:

(1) 1, erector propio de la espalda; 2, romboideo; 3, angular del omoplato; 4, esplenio; 5, su aponeurosis mastoidea; 6, porcion mastoidea del pequeño complejo; 7, su tendón; 8, inserciones cervicales del mastoideo-humeral; 9, tendón atloideo comun al mastoideo-humeral, al esplenio y al pequeño complejo; 10, gran recto anterior de la cabeza; 11, escaleno inferior; 12, escaleno superior; 13, pequeño serrato anterior de la respiracion; 15, gran serrato; 16, transversal de las costillas; 17, uno de los intercostales externos; 18, 18' y 19, gran oblicuo del abdomen; 20, recto del abdomen; 21, porcion estilo-maxilar del músculo digestivo.

las pantanosas aguas están pobladas de una infinidad de anguilas eléctricas. Estos curiosos peces tienen bastante fuerza para matar á los mayores animales, si logran poner en movimiento todos sus órganos á la vez. Ha sido preciso variar el camino que atravesaba la estepa de Uri-Tucu, porque los gimnotos se habían reunido de tal modo en un riachuelo, que todos los años se ahogaban muchos caballos al vadearle.

Un enemigo mucho mas temible llevan en sí mismos estos animales. Se sienten sobrecogidos, sin razon aparente, de un pánico inmenso, precipitanse furiosos, por centenares y miles, sin que nada les contenga, y ó se estrellan contra las rocas ó caen en los precipicios. El que presencia esta escena se horroriza y hasta el mas intrépido y sereno indio se atemoriza. Retumba la tierra con un ruido infernal, que, aumentando á cada instante, domina al fin el fragor del trueno, el bramido de la tempestad y la rabia feroz de las olas, y anuncia el paso de la manada, que poseida de un terror in-

decible, vuela con la rapidez furiosa del rayo, aparece súbitamente en el campamento, y derriba las tiendas y los carros, llenando de espanto á los animales de carga. Esto es lo que dice Murray, que ha presenciado este espectáculo.

Mas al norte viene el indio á acrecentar el número de enemigos de los caballos; los caza con el fin de utilizarlos como animales de silla en sus cacerías, y de tal manera los atormenta que no tardan en sucumbir. Entre los beduinos del Sahara como entre los indios, los caballos son no pocas veces causa de sangrientas luchas, porque el que no tiene uno intenta robarlo. Cuadrillas de ladrones siguen á menudo durante semanas y hasta meses á una tribu ó caravana, con el objeto único de llevarse todos los caballos de silla.

Tambien se cazan con actividad en América para obtener su piel y utilizar su carne; cerca de Las-Nocas, segun Darwin, se matan todas las semanas muchas yeguas para aprovechar su piel.

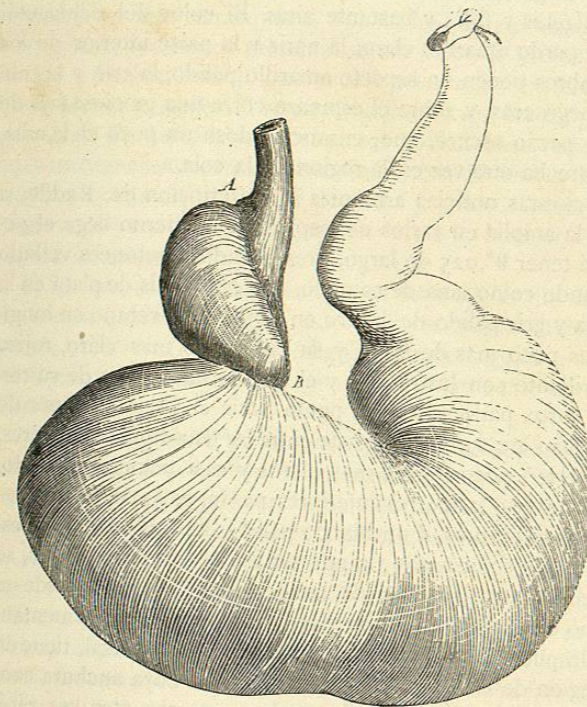


Fig. 160.—ESTOMAGO DEL CABALLO (1)

Las tropas que en tiempo de guerra emprenden lejanas expediciones, llevan manadas de caballos en lugar de víveres, y prefieren estos animales á los de cuernos, por la sencilla razon de que el ejército marcha con mas rapidez.

#### LOS CABALLOS TÁRTAROS

Przewalski nos refiere que aun hoy sucede que los caballos domésticos vuelven al estado salvaje. Durante su viaje por la Mongolia vió este excelente observador pequeñas manadas de caballos errantes que diez años antes vivian todavia en domesticidad: abandonados por los habitantes de la provincia china de Gansu, en la época de la revolucion de los dunganos, estos animales se habían vuelto tan tímidos en este poco tiempo, que huian del hombre como verdaderos caballos salvajes.

De tales ejemplos resulta que no puede admitirse la opinion de que estos caballos salvajes sean los padres primitivos de nuestros animales domésticos. Sin duda los caballos que viven en libertad han sido mal juzgados, y la circunstancia de que se encuentran en varios países, se ha ponderado mas de lo justo. Los antiguos documentos históricos hacen repe-

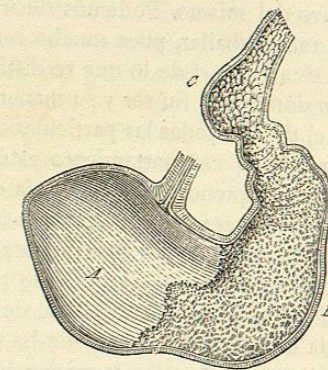


Fig. 161.—VISTA INTERIOR DEL ESTOMAGO DEL CABALLO (2)

tidas veces mencion de los caballos errantes; los distinguen determinadamente del caballo doméstico, y los describen mas ó menos minuciosamente; pero no nos dicen nada de exacto, dejando á lo mas lugar á dudas y suposiciones.

Estos animales vivian aun en el siglo XIII en las islas de Dinamarca, en el siglo XVI en Polonia, Prusia y Pomerania, donde se les cogia y se les domesticaba, y al fin la raza salvaje desapareció.

Lo último se explica, pero no prueba que estos caballos fuesen efectivamente otra cosa sino tarpanes, es decir, caballos domésticos vueltos al estado salvaje, ni que tampoco la verdadera especie primitiva deba haber desaparecido.

Si fueran los antiguos hicsos los primeros que trajeron el caballo al Egipto; si fueran, hablando en general, las tribus de pastores del Asia, que adquirieron el mas excelente de todos los animales domésticos, ó mejor dicho, domaron un caballo salvaje, debemos entonces buscar tambien la patria primitiva del mismo en el Asia. Suponer que la especie salvaje

(1) A, extremidad cardiaca del esófago; B, anillo del piloro (G. Colin).

(2) A, bolsa izquierda; B, bolsa derecha; C, prominencia duodénica.